

El respeto a la dignidad de la persona: iniciativas desde un *talk-show*

Lucy Molinar

Directora de noticias de Radio Caracol (Panamá) y entrevistadora de Televisora Nacional Canal 2. Ha trabajado para Canal 7 de Chile como productora del noticiero nocturno y como productora del programa Almorzando en el 13. En Brasil para Red O Globo, y en Venezuela para Radio Caracas Televisión. Además ha impartido la asignatura de Ética de la Comunicación en la Universidad Santa María la Antigua de Panamá.

Para hablar de la influencia del mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer en el tratamiento de la información desde mi perspectiva profesional quisiera relatar primero una experiencia personal. Hace algunos años, mientras estudiaba en la universidad, me invitaron a una conferencia sobre el papel de la mujer en el mundo moderno. No sabría cómo explicarles hasta qué punto me encontraba en desacuerdo con lo que allí se dijo. No se dijo nada acerca de realizaciones personales, desafíos colectivos o luchas reivindicativas, y sí mucho acerca de trabajo, generosidad y sacrificio por los demás. Durante muchos años toda la información que gravitaba en mi entorno hablaba de la importancia del éxito profesional y de la lucha por la igualdad, de que la realización de la mujer constituía una lucha sobre asuntos “no negociables” —el respeto por la libertad y la independencia—. Cuestiones como tener hijos, el matrimonio para toda la vida o el cuidado del hogar estaban en un segundo plano, dependían de la situación laboral.

Salí de allí con una mezcla de amargura y pesar porque aquellas mujeres seguían viviendo de la educación de los hijos, situaban el papel de madre y esposa dentro del hogar por encima de la proyección profesional, lo único que a mi juicio era capaz de proteger a la mujer víctima de la sociedad. Antes de que terminara aquella sesión una persona se me acercó y pude hacerle partícipe de todas mis impresiones. Por un momento pensé que la había convencido de que estaban cometiendo un error pues me invitó a visitarla al día siguiente a esa misma casa.

Sin embargo, a raíz de aquella visita no sólo descubrí un discurso distinto de la vida sino una nueva orientación a mis ilusiones profesionales.

Uno de los primeros documentos que leí de Josemaría Escrivá de Balaguer invitaba a «amar al mundo apasionadamente» porque lo hizo Dios, a «poner a Cristo en la cumbre de toda actividad humana», a acabar con la «esquizofrenia» de quienes viven de un modo distinto a lo que dice su fe. No hay ningún ámbito del quehacer periodístico en el que no pueda aplicarse esta invitación. En la política, la ciencia, la economía, en el enfoque de los grandes problemas sociales de nuestro tiempo... cada noticia, cada tema es una oportunidad para la defensa de la “Verdad”; esa que se escribe con mayúscula, que apunta al bien común, a la justicia, a la defensa de la persona en su más plena dignidad.

En mi país los tribunales locales y la justicia ordinaria atienden cerca de 14 mil casos de abusos a mujeres y niños, sin contar los miles de casos de pensiones alimenticias no pagadas y otros miles no denunciados. Y ¿qué hemos logrado quienes creemos en la lucha por el respeto a la dignidad de la mujer? En lugar de promover el respeto, promovemos la violencia y la reivindicación, y acostumbramos a los niños a la comunicación violenta y agresiva.

Urge concebir una nueva sociedad basada en el más profundo respeto por el ser humano. Una sociedad que sólo puede lograrse desde la educación familiar en los valores, las virtudes, el amor... En este punto cobran vigencia la insistencia de Josemaría Escrivá por dar formación, pensando en cada persona, una a una, ahogando el mal en abundancia de bien. Y para hacer el bien al prójimo más próximo (en la familia) hay que conocerlo. Esto es, estudiar, formarse, conocer lo que quiere Dios, cómo lo quiere y por qué lo quiere. Esto no significa renunciar a la convicción de que es necesario lograr el respeto y la dignidad de todas las personas como un principio básico de convivencia, sino que ahora, con más convicción, creo que se impone un nuevo desafío: evitar la conciencia relativista que enfoca la vida exclusivamente en función de la inmediatez sin considerar la trascendencia del ser humano.

Problemas tan comunes como el hambre, la pobreza, la vivienda o la violencia no necesitan soluciones mágicas ni que los abordemos desde principios como la imparcialidad. Como afirma Escrivá, no se trata de difundir algo a mitad de camino entre la realidad y la calumnia, sino una búsqueda de la verdad objetiva, una verdad que ya es y no se equivoca. Somos nosotros quienes nos equivocamos cuando buscamos soluciones iluminadas por un supuesto realismo sustentado en el cambio de los tiempos y no por la luz de la riqueza doctrinal de nuestra fe que no pierde actualidad. A raíz de una de las pasiones dominantes de la vida de Josemaría Escrivá, tuve la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la doctrina católica y descubrir que no hay nada nuevo bajo del sol. Hay pobreza, violencia, etc., porque no hemos sido capaces de vivir conforme a la voluntad

divina; porque no hemos sabido poner a Cristo en la cumbre de toda actividad humana.

A nosotros, como comunicadores, nos toca poner de moda esa obra. Pero, ¿cómo hacerlo cuando tenemos que luchar contra corriente, contra los dueños de los medios de comunicación que sólo ven cajas registradoras detrás de las pantallas, micrófonos o escritorios, contra los nunca bien ponderados *ratings* o niveles de audiencias?

Agradezco esta oportunidad porque me permite compartir logros y frustraciones; y agradecer la fidelidad del Beato Josemaría Escrivá a la llamada de Dios porque nos motiva a conocer la doctrina y a saber que vale la pena, que no estamos solos y que no estamos locos.

Mi primer trabajo en un medio fue como asistente de producción del noticiero nocturno de un canal de televisión, una especie de empleada de cuarta categoría. En aquellos días se produjo un impactante terremoto en Colombia. Algunos reporteros de prensa que cubrían la noticia encontraron una niña que había quedado atrapada entre los escombros de su propia casa. Bajo sus pies yacían su padre, su madre y sus hermanos; ella era muy consciente de lo que sucedía. Los esfuerzos de los equipos de rescate tropezaban con los reporteros que no querían perder ni un segundo de la respiración de la niña cuya elocuencia era verdaderamente conmovedora. A partir de ese día toda la maquinaria periodística se puso en función de lo que se llamó la «niña de Armero»: «No se pierda el capítulo de hoy de la niña de Armero, sus palabras, sus reacciones, ¿sobrevivirá?, ¿lograran su objetivo los equipos de rescate?». El día de la muerte de la niña alguien del medio en el que trabajaba decidió realizar un programa especial para transmitir «el último suspiro de la niña de Armero». Algunos de los que trabajábamos allí no estábamos de acuerdo con aquella sugerencia, alzamos nuestra voz de protesta por la falta de respeto a la dignidad de la niña y apelamos con todos los argumentos que se nos ocurrieron: ¿cuál era el grado de responsabilidad de la prensa al convertirse en un estorbo para los equipos de rescate?, ¿qué valor informativo tenía retransmitir el momento su muerte?... No pudimos hacer nada, pero sirvió para discutir y poner de manifiesto algunos problemas relacionados con el acontecimiento: la calidad de vida de las personas que tienen que construir sus viviendas al borde de los cerros, cómo están construidas esas casas, la promoción de algún gesto de solidaridad...

Josemaría Escrivá cultivó el arte de plasmar y contagiar con sus escritos una profunda pasión por el servicio a los demás, una constante invitación a ocuparse de la persona en su dimensión más profunda, a gastarse la vida sirviendo: «¡Ánimo! Tú... puedes. ¿Ves lo que hizo la gracia de Dios con aquel Pedro dormilón, negador y cobarde..., con aquel Pablo perseguidor, odiador y pertinaz?». ¹ Y continúa: «Sé instrumento: de oro o de acero, de platino o de hierro..., grande

o chico, delicado o tosco... Todos son útiles: cada uno tiene su misión propia. Como en lo material: ¿quién se atreverá a decir que es menos útil el serrucho del carpintero que las pinzas del cirujano? Tu deber es ser instrumento»².

En muchas ocasiones, ante situaciones como la de «la niña de Armero» el razonamiento inmediato lleva a concluir en las limitaciones propias: ¿quién soy yo para...? Hay quienes definen al periodista como aquel que escribe la historia de cada día; en ese ejercicio diario una pregunta bien enfocada, un problema bien planteado puede ser la diferencia entre la Verdad y la mentira. Eso exige una formación profunda y práctica que nos permita servirnos de la información correcta sin traicionar la misión de informar. Superado el mito de la objetividad, se impone la actitud responsable de promover valores que verdaderamente ayuden a cada hombre, a cada mujer, a ser más libres, a vivir con más dignidad.

Y no es fácil. Toda esto puesto en práctica es una lucha de segundo a segundo. Me ha tocado conducir en mi país, en distintas temporadas, varios programas de televisión en los que la primera tentación ha sido basar el programa en una mesa de discusión intensa en la que una parte y la otra se enfrentan en una lucha por imponer su punto de vista. En esta circunstancia quien conduce es sólo un controlador de la palabra. Ante esto la pregunta que el periodista puede hacerse es, ¿cómo plantear los temas desde una perspectiva más humana para que en lugar de acusarse mutuamente por corrupción, podamos llegar a descubrir, por ejemplo, lo que se pierde cuando dejamos de ser honestos en materia política? Cada programa se convierte en una nueva exigencia por averiguar a quién perjudica una acción u omisión, por mostrar lo que se pierde en cada caso: ya sea la decisión de implementar o no una ley, de invertir los recursos del estado en una u otra dirección, del manejo de una institución pública y su proyección social...

El encuentro con la enseñanza del Beato Josemaría me planteó inquietudes decisivas: ¿Por qué o para qué quieres ser periodista?, ¿para ser famosa, para tener poder o para servir? A la edad en que se toma esta decisión, tener poder no es un argumento muy considerado, servir suena romántico, ser famosa... era tentador. Indudablemente, servir es el objetivo más costoso, difícil y repleto de obstáculos, pero... utilizando unas palabras del Fundador del Opus Dei puede decirse que vale la pena.

Hay momentos especiales de mi vida profesional en los que he tenido que apoyarme con más intensidad en el optimismo y la audacia que proyectaba Josemaría Escrivá para seguir adelante. Para hablar, por ejemplo, de maternidad pre-

¹ *Camino*, 483.

² *Ibidem*, 484.

coz, o de SIDA y juventud. ¿Por qué engañar a los jóvenes con argumentos sobre la protección cuando puede aspirarse a la educación de personas dueñas de sus actos, con voluntad recia y firme y con ideales? La responsabilidad de un periodista es grande. Nos toca responder por cada una de las personas que forma su criterio con nuestro trabajo. En una ocasión, un periodista le preguntó al Papa Juan Pablo II por qué viajaba tanto. Él, con una serenidad impresionante contestó: «si los periodistas dijeran por el mundo lo que el Papa dice en Roma, yo no tendría la necesidad de viajar».

El Señor nos ha permitido vivir en un momento en el que la respuesta está al alcance de la mano. Josemaría Escrivá vino a decirnos cuánto podemos hacer por el mundo desde nuestra ocupación —cualquiera que sea—. A nosotros nos toca el maravilloso universo de las ideas y los hechos, tenemos la gran responsabilidad, pero también la gran oportunidad de trabajar para que el mundo sea mejor.

Aunque en nuestro país no existe la costumbre de invertir importantes cantidades de dinero en programas de televisión, durante casi cuatro años mantuvimos con buenos resultados un programa con títulos como: *Para siempre SÍ; Responsabilidad: habilidad para responder por nuestros actos ¿podemos?*. El reto de estos programas era encontrar a personas dispuestas a dar la cara y a defender públicamente sus ideas. Qué difícil es encontrar gente con ganas de defender la verdad con mayúscula, sin temor a que «me miren con extrañeza». Los locos o excéntricos se ofrecen en bandeja; sin embargo, lo que hace falta es gente comprometida que se atreva a decir esa otra verdad que parece oculta.

Cuando la descomposición social comienza a tocar fondo y parece que se está perdiendo hasta el sentido de la vida, se impone un nuevo discurso. A este respecto creo que aún no se ha escuchado suficientemente la invitación que hace el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer a entender la dignidad humana y valorarla, a estructurar una coherencia de vida y vivirla, a conocer la verdad y defenderla.